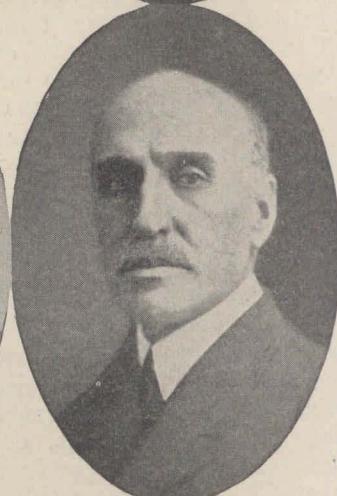
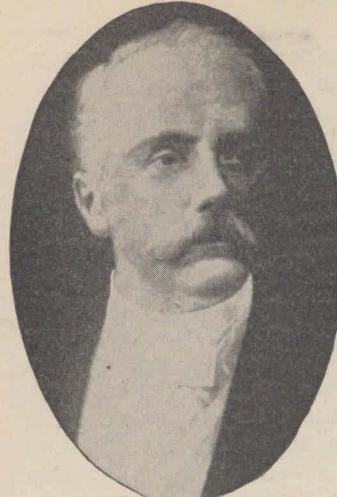


PRESIDENTES DE LA REPÚBLICA DEL URUGUAY



1. El General Idiarte Borda, Presidente, 1894-1897. 2. El Doctor Claudio Williman, Presidente, 1907-1911.
3. Juan Lindolfo Cuestas, Presidente, 1897-1903. 4. El Señor José Batlle y Ordóñez, Presidente, 1903-1907,
1911-1915. 5. Teniente General Máximo Tajes, Presidente, 1886-1890. 6. Ing. D. José Serrato, Presidente
actual, 1923. 7. El Doctor Julio Herrar y Obes, Presidente, 1890-1894. 8. El Doctor Baltasar Brum, Presi-
dente, 1919-1923. 9. El Doctor Feliciano Viera, Presidente, 1915-1919.



PRÓCERES URUGUAYOS

ARTIGAS

Nació el 19 de Junio del año 1764, de padres como él naturales de Montevideo, aunque descendientes de los primeros pobladores del territorio de lo que fué luego la República Oriental del Uruguay. La elección de las tareas a que podían dedicarse los aquí nacidos, no ofrecía dificultades a los que se llamaba los criollos, pues cerrados en general para ellos los limitados cargos de carácter público, que, por múltiples razones, se reservaban a los españoles, y no existiendo en realidad ninguna industria urbana que asegurara la existencia, por sobria que fuera, la labor del campo se imponía, y se imponía el aprovechamiento de las actividades en esas faenas rurales, que eran las más remuneradoras, o, quizás, las únicas en algo remuneradoras.

Pero si el hecho, en sí, de una mayor compensación en ese trabajo, justificaba que la juventud buscara en las tareas rurales sus naturales ocupaciones, había aún otra razón de más peso que impulsaba a esos trabajos, especialmente a las naturalezas altivas, tan frecuentes en la raza, y esa razón era que el campo ofrecía una independencia, impuesta fatalmente por las circunstancias, que

no se hallaba en la ciudad, dominada por un cierto predominio de los aristocratismos lugareños, tanto más incómodos cuanto más inconcebibles e injustificados eran.

En efecto, la soledad de nuestra campaña, más acentuada por la carencia casi absoluta de elementos delegados de la autoridad central para mantener el orden, daba a sus campañas un áspero y sano ambiente de libertad; había peligros reales, pero eso mismo obligaba a defenderse, a vigorizar el músculo, a desafiar las posibles agresiones, a luchar, a vencer, adquiriendo el dominio propio al adquirirlo sobre los demás.

José Artigas siguió esta ruta, y en esas tareas varoniles se hizo insuperable, tuvo reputación que se extendió al contorno, adquirió prestigios; su fama de valiente corrió de boca en boca, y fué admirado y respetado por las gentes honradas y temido por los bandoleros, eficaces factores todos de futuras soberanías.

Cuando el lazo férreo del coloniaje se aflojó y se sintió flotar en el aire un vago aliento de rebelión, todas las miradas se volvieron a Artigas, que era el jefe natural de aquellos elementos criollos, que incubaban en la selva inextricable o en la pradera salvaje el germen de la independencia irreductible y bravía.

El Libro de la América Latina

Y había allí, sin disputa, la simiente de un héroe, pero de esos héroes sanos, nobles, que parecen sintetizar en sí las cualidades de una raza y reunir los prestigios de un caudillo, no de un dominador ambicioso, ebrio de poder y de grandeza, sino caudillo a la manera de los jefes de Israel, que conducían a su pueblo, sin retroceder jamás, llenos de fe, hacia las fronteras distantes y luminosas de la tierra prometida.

Y sonó la hora del alzamiento, y vino el choque, primero en San José, con éxito favorable y halagador, luego se produjo la batalla de las Piedras, la primera victoria patriota por sus resultados decisivos y el gran choque ostensible de una vieja hostilidad latente, choque tanto más violento cuanto más había tardado en estallar. Y, sin embargo, el encuentro fragoroso no turbó un instante la serenidad del vencedor, y Artigas, identificado con su noble apostolado de gloria y de sacrificio, fué el vencedor hidalgo, el soldado caballeresco que presentaba armas a su valiente contrario vencido y rendía al valor del adversario los honores de la guerra. Así fué siempre: caballeroso, por tradiciones de raza, por temperamento y por convicción. Sobrio, severo, casi mezquino para sí mismo, lo quiso todo para su pueblo; sintió en su alma, con ritmo amigo, la libertad que proclamaba; amó y comprendió como nadie la democracia, cuya igualdad leyó elocuentemente en el libro de la Naturaleza, cuando, oficial de blandengues, cruzaba pensativo la campaña desierta, persiguiendo al bandolero rural, al contrabandista audaz o al aventurero rápido en su ataque como una racha de tormenta. Y fué ese culto sincero de la igualdad su mayor gloria; pues, militar y valiente, hubiera combatido sin tregua como lo hizo, hubiera deslumbrado con su valor, hubiera vencido; pero sus triunfos, en el desierto solitario, se hubieran extinguido en breve, se hubieran apagado; mientras que aquel patriota sencillo y modesto, con un inquebrantable espíritu de justicia, con

un amor indomable a la libertad y un hondo e intenso afecto a su suelo, labró un rastro profundo en su patria, que lejos de borrarse al paso de los años, va grabándose más intensamente en la memoria nacional, en el corazón de cada ciudadano, en el alma colectiva del pueblo que tanto amó.

Representante del orden, como delegado del poder central en la campaña, su alma se saturó de energías al paso de las brisas libres; usó su valor y su fuerza sólo para la defensa del derecho, para la protección del humilde, para la salvaguardia del perseguido injustamente. Cuando después fué jefe de las milicias de su suelo, fué siempre irreductible en todo aquello que menoscabara la dignidad de su provincia o empañara el honor de sus fueros, y así cuando las rivalidades del Gobierno de Buenos Aires provocaron solapada lucha contra sus prestigios, que eran un obstáculo a las ambiciones desmedidas, no pudo aceptar la humillación de su suelo natal y prefirió partir, seguido de su pueblo, en caravana interminable, a preparar en territorios más favorables el núcleo de la resistencia para las reivindicaciones futuras. Fuera cual fuere su valor, su competencia guerrera, sus triunfos y sus lauros, Artigas fué, ante todo, un símbolo único, excepcional, en el desarrollo de la emancipación sudamericana, pues cuando, en torno, los políticos más eminentes encaraban la separación del dominio de España como un cambio de dueño, y buscaban, a través de la Europa, un monarca que los dirigiera, pues no comprendían ni sabían en realidad lo que era una democracia, Artigas adivinaba su importancia y su eficiencia, aceptaba todas sus luchas, todos los odios por defenderla, pues comprendía el alto significado íntimo del vocablo, presentía en su mente y su corazón esa organización ideal de los pueblos libres, y se identificaba con esa igualdad dignificante de la especie, que hace de cada hombre un ciudadano, misionero del derecho y de la libertad.

Artigas, proclamando en estas re-

Próceres Uruguayos

giones perdidas de la joven América, a principios del siglo pasado, las que llama ya la historia «Las Instrucciones del año XIII», en que se consagraba la libertad civil y religiosa, la igualdad en la libertad y en la seguridad individuales, y se alzaban barreras insalvables al despotismo militar que podía comprometer esa independencia, Artigas, repito, era un emblema más que un hombre, un jefe y un caudillo, era un vidente que penetraba con mirada profunda las nubes del porvenir, era un precursor genial de las democracias fecundas, que recién empiezan hoy, acaso, a adoptar sus contornos verdaderos. Y por eso, por su visión clara y precisa, por su desinterés absoluto, por su sencillez insuperable, se ha convertido en un emblema, en un símbolo nacional; es el alma pura, de impecables contornos, de la patria eternamente grande, bella y querida.

DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA

Este sacerdote uruguayo, nacido en Montevideo el año 1771, es uno de los curiosos ejemplos que ofrece esta República Oriental del Uruguay, tan culta y tan original desde los primeros años de su fundación, en sus aficiones científicas y literarias.

El Padre Larrañaga, como se le llamaba aún siendo Vicario Apostólico de la República, cuando su iglesia se separó de la de Buenos Aires, quiso ser sacerdote contra la voluntad de sus padres, que deseaban hacerlo médico, para lo cual lo habían enviado a cursar estudios en Buenos Aires y en Córdoba, cuya Universidad era famosa; y siguiendo su vocación, ordenóse de sacerdote en Río de Janeiro, lo que no fué obstáculo para intervenir más tarde ardientemente en la empresa de la Reconquista de Buenos Aires, a las órdenes de Liniers; en combates contra los ingleses, en su patria; en las luchas emancipadoras de Artigas, luego, y en los posteriores combates de la independencia más tarde.

La personalidad de estos luchadores sacerdotes, un poco tal vez por el

temperamento o la raza, y mucho por el ambiente batallador circundante, parecía notablemente combativa, indiscutiblemente valiente, y, como una derivación de la separación de la metrópoli, cuyos sacerdotes eran excepcionalmente intransigentes, éstos eran acentuadamente tolerantes.

El Padre Larrañaga, por ejemplo, tuvo una señalada intervención política en la Provincia Oriental, y en la República luego, y puede juzgarse su criterio filosófico, diciendo que su espíritu se identificaba con el credo democrático más puro, proclamando lealmente la igualdad civil y política, la libertad religiosa, la más amplia y fecunda tolerancia, y presentando a la Asamblea Legislativa, en los albores de la nacionalidad, un proyecto de ley suprimiendo la pena de muerte, lo que era extraordinario, para su época y para su país.

Este espíritu levantado era la síntesis tal vez de diversos factores, entre los cuales hemos citado el espíritu de rebelión contra la metrópoli, y la lucha múltiple que tal hecho determinaba; pero en el caso de Larrañaga, debemos considerar también su profundo caudal científico, el más firme pedestal para una superioridad verdadera.

Para juzgar a nuestro sacerdote basta leer su discurso inaugurando la Biblioteca Pública, que se fundó con el concurso simultáneo de Artigas y de los sacerdotes Larrañaga y Pérez Castellanos, discurso que es un modelo de erudición, de nobleza de sentimientos, de grandes ideas de pensador y de nobles finalidades, que hacen de aquel prelado un hombre de ciencia moderno, en su más completa y elevada expresión. Su afán siempre fué la cultura del mayor número, y él fué el creador de la Sociedad Lancasteriana y de la escuela gratuita que de ella dependía, atrayendo a su causa a las personas de mejor posición social de Montevideo, sobre las que ejercía indiscutible influencia por su talento sobresaliente, por los naturales prestigios de su cargo, y por la notoriedad de su familia.

El Libro de la América Latina

La acción del Padre Larrañaga se encuentra en todos lados: en la Biblioteca Pública, en la escuela popular y gratuita, en la Inclusa, que él creó, en la política (en sus más nobles y levantadas aspiraciones) y en la ciencia nacional, que hizo progresar con sus profundos estudios en astronomía, geología e historia natural, que intensificó extraordinariamente con sus investigaciones y descubrimientos.

Era tal la pasión de Larrañaga por el estudio, que no obstante advertir que el uso del microscopio perjudicaba sus ojos, no detuvo sus investigaciones científicas, quedándose ciego al fin por esta causa, lo que no turbó su serenidad de noble filósofo, conservando siempre su curiosidad inagotable y su bondad sin límites, hasta los setenta y siete años, en que murió con la tranquilidad del varón justo.

JOAQUÍN SUÁREZ

Don Joaquín Suárez nació en el Departamento de Canelones, a fines del siglo XVIII, en un hogar de invariables tradiciones patriarciales, en que la honradez acrisolada era un bien propio, jamás olvidado en medio de aquella vida incierta del pasado colonial en los distritos rurales.

En un ambiente familiar así, se formó Suárez con rasgos propios de absoluta sencillez, de modestia invariable, de indiscutida honorabilidad; pero de una serenidad completa en todas ocasiones, firme en su propósito una vez que adoptaba su ruta, siempre la más recta y la más clara.

En el exterior, Suárez había encontrado en torno suyo los halagos que condensaban la consideración que los vecinos profesaban a su hogar noblemente acaudalado y generoso, y esta consideración heredada fué acentuándose a medida que el joven Suárez crecía, revelando los rasgos precisos de su simpática personalidad.

Cuando la campaña se levantó contra las autoridades españolas, siguiendo a Artigas en 1811, uno de los primeros en plegarse al movimiento fué Suárez,

que lo acompañó en las batallas de San José y Las Piedras, siendo nombrado Comandante Militar de Canelones—su departamento,—en donde permaneció algún tiempo, cesando cuando se iniciaron las luchas entre sus compatriotas y los soldados del Gobierno de Buenos Aires, que él consideró entonces como contiendas civiles.

Cuando la invasión portuguesa, Suárez no transigió con el invasor; por el contrario, luchó contra él en todas formas, y se esforzó por dar a sus compatriotas todos los recursos imaginables para oponerse al avance extranjero; pero cuando éste triunfó, y Artigas hubo de expatriarse, Suárez se retiró a su hogar, rehusando toda participación en el nuevo estado de subordinación al invasor.

Cuando la lucha se planteó de nuevo contra el común enemigo, y Lavalleja inició su cruzada para desalojarlo, Suárez fué un auxiliar entusiasta de esa empresa, llevando su concurso personal y pecuniario a la obra patriótica, y adquiriendo una justa popularidad, que primero lo llevó a la Representación por Florida, y luego a Gobernador de la Provincia, en aquel ensayo de gobierno patrio, estableciendo como característica de todos sus actos de gobernante la publicidad más completa, a fin de que el pueblo fiscalizara su conducta. Fuera de esto, su gobierno fué realmente de organización nacional: empezando por salvaguardar la libertad personal, organizando la Justicia, creó además la Contabilidad del Estado, formó la dirección de las escuelas, se dictó entonces la primera ley de libertad de imprenta, se aseguraron las inmunitades parlamentarias, y, en una palabra, se echaron las bases de una organización democrática.

Pero hubo un momento en que ese mismo Lavalleja a quien había dado para cooperar en su empresa todos sus prestigios personales y su dinero, se sintió herido porque Suárez lo detuviera en sus avances de vencedor, contra él, que era el representante civil del gobierno, y vino el rompimiento, y más

Próceres Uruguayos

tarde la disolución del gobierno presidido por Suárez, que volvió así tranquilamente a su hogar, siempre sereno en su absoluta despreocupación de mando y de riqueza.

Al constituirse el país definitivamente, Suárez ingresó en la Legislatura, y fué Ministro, primero de Gobierno y luego de Guerra; pero le faltaba ambición y le sobraban escrúpulos para triunfar, y dimitió sus cargos, retirándose de nuevo a la vida privada, donde lo encontraron las grandes disidencias intestinas de 1832.

Cuando las fuerzas de Rosas invadieron el país, al mando del general D. Manuel Oribe, en 1842, ocupaba la presidencia Don Joaquín Suárez, que carecía de recursos de todo género para defenderse, pues el país estaba desmoralizado, y le faltaba dinero, no había ejército ni Jefe Superior, y el parque de armas y útiles guerreros estaba enteramente vacío. En estas condiciones, sin embargo, Suárez, secundado primamente por D. Santiago Vázquez, D. Melchor Pacheco y Obei, y otros después, hizo prodigios, creó recursos, inventó armas, organizó el ejército y se preparó a defender el país contra la invasión.

El sitio duró ocho años y ocho meses; se luchó con ahínco, con perseverancia inaudita: se combatió sin cesar, comiendo mal y semidesnudos los soldados, soportando con noble filosofía todas las penurias y todos los sacrificios, sin desalentarse un instante, siempre apercibidos a la defensa, y a rechazar los ataques del invasor.

El alma de esta resistencia fué sin duda Suárez, por su invariable serenidad, y por su desprendimiento absoluto, que lo llevó a sacrificar en la defensa de Montevideo toda su fortuna. Todo ello, unido a su grandeza de alma ante el infortunio, le había granjeado un enorme prestigio entre los sitiados, y esto le daba fuerzas y autoridad para neutralizar todas las intrigas, mantener las energías y defenderse y resistir.

Cuando se hizo la paz, D. Joaquín Suárez estaba arruinado: todo lo había

dado para defender a Montevideo; pero nunca quiso reclamar nada, contestando con noble entereza a los que lo invitaban a formular sus reclamaciones: « Yo no llevo cuentas a mi madre ». Esta conducta excepcionalmente desinteresada, ha hecho de Suárez el símbolo del patriotismo más puro, en que armoniosamente se unen y compenetran el valor sereno, la abnegación modesta, el desprendimiento sencillo y el alto espíritu de justicia, que, dando a su figura patricia los relieves de un varón ilustre de Plutarco, lo han hecho familiar a todos, amigos y adversarios, que se inclinan con igual respeto ante esa noble figura de nuestra turbulenta democracia.

JUAN ANTONIO LAVALLEJA

Artigas se había retirado al Paraguay, dominado por el desaliento, provocado en su alma sincera y leal por las persecuciones constantes de que había sido objeto y por el desconocimiento de la desinteresada elevación de sus propósitos.

Alejado él, los portugueses pudieron, sin mayores sacrificios, poseicionarse tranquilamente de lo que se llamaba entonces la Banda Oriental, pues las fuerzas del Gobierno de Buenos Aires ni acudían a impedirlo, ni los directores de su política parecían preocuparse mayormente de esa invasión.

Una parte de la población había aceptado el yugo impuesto; los otros, impotentes para resistirlo, o se habían retirado a sus establecimientos rurales en el interior de la campaña, o habían emigrado a Buenos Aires y allí vivían soñando con futuras reivindicaciones. Sin embargo, todas sus tentativas para conseguir recursos de ese Gobierno, contra el invasor, fracasaron en absoluto, pues aquel Gobierno quería evitar complicaciones con el del Brasil, y así ejercía severa vigilancia con los emigrados orientales que habitaban su suelo, y cuyos propósitos adivinaba sin esfuerzo.

Es harto sabido, no obstante, que cuando una idea se apodera de una persona y labra hondamente en su cerebro, fijando rutas y determinando activi-

El Libro de la América Latina

dades, no es la fuerza la mejor manera de contrarrestar esos esfuerzos, que, ahogados un instante por la violencia, parece que aumentan su fuerza expansiva, hasta que, roto al fin el equilibrio, estallan en explosión incontenible, para repercutir intensamente a la distancia.

Emigrados en Buenos Aires una gran parte de los elementos constitutivos de las falanges artiguistas, en un ambiente popular que podía ser considerado como el suyo propio, descendientes de una misma raza, unidos hasta ayer bajo el dominio del mismo poder colonial, esos oficiales alejados inesperadamente de su medio, sin haber adoptado aún una tarea nueva que ocupara o reclamara todas sus actividades, vagaban inactivos por las calles, buscaban los centros comerciales amigos, uruguayos o bonaerenses, y allí se reunían a conversar de la patria ausente, del invasor que en ella dominaba, de la manera de combatirlo y vencerlo, reuniendo hombres, armas y dinero para la empresa, de todo lo cual se carecía, dando esto origen a los más descabellados planes de invasión. Como se ha dicho, el Gobierno de Buenos Aires no quería complicaciones con Portugal, y, a fin de evitarlas, no sólo negaba toda cooperación oficial a la acción reivindicadora, sino que perseguía a los revolucionarios, imaginarios aislados, que soñaban con futuras invasiones; pero, en cambio, la población acompañaba con sus simpatías esos propósitos, y los ayudaba en la forma restringida que la forzosa limitación de sus recursos, para tal empresa, les imponía.

Un día, al fin, después de numerosas tentativas, en el interior de una casa de comercio de un argentino, el Sr. Villanueva, y un uruguayo, D. Luis de la Torre, se convino en el misterio un plan inaudito, cual era invadir la Banda Oriental con un grupo de hombres, sin armas casi, con escasísimos recursos de otro género, y con discutidas o problemáticas connivencias dentro del país.

El jefe de ese grupo de hombres era D. Juan Antonio Lavalleja, hijo del Departamento de Minas, valiente oficial

de Artigas en sus primeras campañas, y a quien aceptaban todos para dirigir la empresa. Y se lanzaron al azar, cruzaron el río, y pisaron la playa de la Agraciada, donde, bajo aquel cielo que era el suyo, en aquel suelo que era su suelo, juraron *rescatar* aquel territorio, o *morir* en la demanda. *Independencia o muerte* era su divisa, que no representaba una vana promesa, sino una firme convicción, la consagración de una locura por la suprema abnegación y el heroísmo.

Aquel grupo de treinta y tres hombres realizó una cruzada admirable; eran rasgos de leyenda, milicias ardorosas que se lanzaban contra tropas disciplinadas, a las que vencían; caballerías campesinas que se derrumbaban sobre los cañones cuyos servidores pretendían acuchillar, o sobre cuadros formidables de infantería que se proponían romper, y que rompián muriendo.

Esa cruzada, desde su iniciación, está henchida de rasgos de epopeya, y llena la historia del Uruguay de combates homéricos que se llaman Sarandí, Rincón, Ituzaingó, y que allá en Florida, sobre la Piedra Alta, provoca aquel acto valiente del 25 de Agosto de 1825, que rompe todos los vínculos del vasallaje de la antigua Colonia, y crea el primer Gobierno propio, que se confía a D. Joaquín Suárez.

En la primera parte de esa epopeya es Lavalleja siempre el guerrillero ardoroso que marcha al frente llevando a la victoria sus legiones; después, cuando los triunfos primeros dan cierta certidumbre a su acción, su empresa provoca la cooperación de Buenos Aires; es ya la beligerancia que corona un esfuerzo, y que con varia fortuna traerá al fin el reconocimiento del nuevo Estado. Lavalleja fué ante todo un guerrillero audaz, sin miedos humanos, y con un profundo amor al suelo natal; pero al que faltó la energía que disciplina las pasiones, pues su acción de vencedor, alzándose contra el propio Gobierno de Suárez, que había sido el fruto de su cruzada, borraba la idea de desinterés y creaba un germen de

PÓRCERES URUGUAYOS



1. Dámaso Antonio Larrañaga, sabio naturalista.—2. Joaquín Suárez, esclarecido patriota, presidente de la República durante la Defensa.—3. Santiago Vázquez, gran estadista y orador.—4. Carlos María Ramírez, ilustre periodista y orador.—5. José Pedro Varela, reformador de la educación común en el Uruguay.

El Libro de la América Latina

militarismo anárquico, generando con su conducta ese vencimiento del poder civil, que era el único capaz de encarrilar en la paz la suerte del nuevo Estado, y de cuyo acto inicial se derivaron, en lo futuro, tantos dolores y tantas amarguras para este país, en el peregrinaje de su organización política.

SANTIAGO VÁZQUEZ

Entre los jóvenes que acudieron a ofrecer sus servicios a Artigas cuando su asedio a Montevideo en 1811, estaba D. Santiago Vázquez, que ya en esa época se destacaba entre sus contemporáneos, a pesar de su juventud.

Pocas veces se encuentran sintetizadas en un hombre tantas cualidades distintas, antitéticas a veces, y en extraordinario grado de intensidad, como en D. Santiago Vázquez—una de las personalidades más eminentes de su tiempo, y cuyo rastro luminoso parece señalar rutas en los momentos más difíciles de la historia uruguaya. Y esa excepcionalidad de su inteligencia se hace más visible, recordando el tiempo en que formó su personalidad descolante, cuando faltaban maestros y libros, cuando las comunicaciones con los centros europeos de ilustración eran casi inaccesibles, porque la dificultad y escasez de las comunicaciones duplicaban su acción.

Santiago Vázquez fué realmente una personalidad extraordinaria; diplomático sutil y habilísimo, periodista brillante y convincente, orador elocuente de palabra avasalladora, dominaba sin esfuerzo aparente las multitudes populares, y convencía y ganaba a su causa las doctas asambleas, pues tenía la palabra cálida que llega al corazón del pueblo, y el pensamiento profundo que penetra en el cerebro del sabio.

Vázquez fué, en síntesis armoniosa, inteligencia y acción, pero compenetradas de tal manera, que hubiera sido imposible separarlas sin menoscabo o sin destruirlas. En la Asamblea Constituyente, su palabra vigorosa, órgano invariable de un pensamiento concienzudo, trató siempre con insuperable acierto

todos los más grandes problemas de la organización política del nuevo Estado que se creaba, y abordó esos problemas no sólo con inteligencia sólida y constante, sino con el profundo amor que profesó siempre a su patria, a la que dedicó, hasta el fin de su vida, sus más nobles actividades.

Cuando el general D. Manuel Oribe, con las tropas de Rosas, invadió la República Oriental, iniciando el sitio de Montevideo que se ha llamado en la historia «La Guerra Grande», D. Santiago Vázquez fué, como Ministro del Presidente D. Joaquín Suárez, cerebro y brazo de la defensa, pues presidió los titánicos trabajos de organización de un ejército donde faltaban soldados, armas y toda clase de recursos, y, al mismo tiempo, abordaba y resolvía los más grandes problemas internacionales que creaba aquella situación excepcional.

Cerebro demasiado completo, personalidad demasiado luminosa, Vázquez no pudo menos que inspirar envidias en torno suyo, y fué muy combatido en su relativamente breve existencia, noblemente fecunda, de perpetuo combatiente, pues la orientación de sus ideas encaminadas hacia la democracia sincera y leal de Artigas, al que se había sentido vinculado desde sus primeros años, inspiraba temores a los sustentadores de las ideas conservadoras derivadas de aquellas primitivas aristocracias lugareñas, ingenuas desde cierto punto, pero excepcionalmente violentas y agresivas de otro.

EL GENERAL JOSÉ MARÍA REYES

El general José María Reyes es otra de las personalidades notables que ofrece esta República Oriental del Uruguay, tan fecunda en hombres que se han distinguido por su amor al estudio de las ciencias y por el sello de originalidad que ha caracterizado sus trabajos de todo orden.

Aunque nacido en Buenos Aires, su acción principal, y la más trascendental, sin duda, se desarrolló en el Uruguay, al que estaba realmente vinculado, y esa

Próceres Uruguayos

acción sorprende, porque su exteriorización debe responder necesariamente a una preparación científica previa, que el ambiente primario del país no consentía ni explicaba.

Reyes era ingeniero, y su fama de matemático profundo, indiscutible, así como su reputación de distinguidísimo geógrafo, que adquirió principalmente en los estudios realizados para levantar la carta geográfica de la República, obra que, sean cuales fueren los defectos que pueda tener, es extraordinaria por la ciencia que revela, por la exactitud de la gran mayoría de los datos que consigna, por la insuperable y perfecta minuciosidad de las operaciones preliminares y ulteriores que esa carta entraña, y que, si es en todo tiempo la resultante del esfuerzo inteligente de un hombre de ciencia, múltiple en sus conocimientos y en sus actividades, fué en los años en que se realizó—cuando se carecía de todo, así de instrumentos de precisión como de libros de consulta, de materiales de trabajo y de auxiliares técnicos,—una obra que basta a consagrar la reputación de un geógrafo ilustradísimo, eminentemente topógrafo y matemático profundo.

Este general de ingenieros creó durante el Gobierno de Fructuoso Rivera, primer Presidente Constitucional de la República Oriental, el Departamento Topográfico, que dirigió, y en el que planeó todo el desarrollo científico ulterior del país en ese orden de actividades, realizando mensuras de las ciudades, haciendo estudios sobre terrenos adyacentes al puerto, proyectando divisiones, investigando los títulos de las propiedades públicas y privadas, determinando caminos, límites de ciudades y pueblos, proyectando también, en notables informes, la restauración de las fortalezas del Cerro, de Santa Teresa y San Miguel, realizando, en una palabra, una labor enorme y fecunda, que basta para consagrar una reputación científica.

Pero con ser mucha esa reputación del general Reyes, hay otra fase en la que acaso vale tanto, o más, y es su

superioridad moral, que lo colocaba por encima de las pequeñas o grandes discrepancias de su época, ya en las discusiones agrias de los intereses de bandería, ya en las grandes desidencias sociales, conservando la alta estimación y la absoluta confianza de las personas más opuestas, como Rivera y Lavalleja —cuyas luchas, rivalidades y antipatías borró o neutralizó con su influencia muchas veces,—Alvear, Oribe y Rondeau, que sentían por él un inalterable aprecio, lo que constituye acaso el mayor elogio de Reyes, teniendo en cuenta el ambiente agresivo en que se desarrollaban las controversias partidistas en la época en que actuó.

CARLOS MARÍA RAMÍREZ

En un ambiente ardoroso como el cráter de un volcán, en que la política uruguaya se debatía furiosamente en esos sacudimientos primarios que precedieron y acompañaron la organización autóctona de estas colonias, surgió Carlos María Ramírez, casi un niño, exuberante de vida, de ojos relampagueantes, de elocuencia cálida y fogosa, con un cerebro múltiple y ardiente, en que se irisaban todas las actividades más complejas de una mente excepcionalmente fecunda y creadora.

Su figura casi infantil, en el escenario de los clubs partidarios arrabaleros, ofrecía un contraste singular, colocando frente a frente de aquellas sombrías figuras anónimas que sintetizan las pasiones ciegas de bandería, su personalidad descollante y luminosa, cuya palabra avasalladora e irresistible dominó más de una vez las multitudes enloquecidas, haciéndose oír, neutralizando sus agresividades contenidas, y atrayéndolos así, para provocar en torno suyo una apoteosis de sus ideas, que habían venido a combatir, y que bajo el mágico influjo del encanto que se escapaba de su persona, aplaudían delirantemente hasta destrozar sus manos con el aplauso. Y también pagó su tributo a los entusiasmos, hasta los excesos partidarios; fué a la lucha, marchó a la campaña, peleó, combatió con sereno

El Libro de la América Latina

valor sin retroceder un paso, vió caer a los suyos, a los contrarios; y vió el horror de la contienda civil en los heridos y en los muertos causados acaso por sus propios hermanos; vió la muerte cobarde del prisionero vencido, y un grito de protesta se escapó de su alma noble y varonil, voz de enorme repercusión en la vida política de la República, por los prestigios de quien la lanzaba y por el hidalgo y patriótico desinterés que la inspiraba. Desde entonces se apartó de las luchas partidarias ardientes, en que se había formado y había vivido, para predicar la paz entre sus compatriotas, la concordia cívica, las aspiraciones de una vida institucional más perfecta.

Es indudable que predominó en esa primera acción de Ramírez, más el entusiasmo generoso que la experiencia, que rindió culto a ideales levantados, visibles sólo para los que como él vivían en un ambiente de intensa cultura, y tenían una ruta moral clara y amplia que recorrer; pero la muchedumbre popular estaba aún lejos de ese nivel, y no lo comprendía, o desnaturalizaba sus ideas calumnianto sus propósitos, impulsada más o menos visiblemente por esa masa de una agresividad latente, en que todos los pequeños y los fracasados se reunían para combatir al que se levanta o triunfa.

Y su predica fué perseverante y continua, luchando contra todo y contra todos los que se oponían al triunfo de sus nobles finalidades; y esa lucha y ese esfuerzo, realizado en la prensa después de una rápida y deslumbrante cruzada por el Parlamento Uruguayo, y por el Ministerio de Hacienda, en el Gobierno del Dr. Julio Herrera y Obes, fué un peregrinaje regenerador, donde disciplinó sus pasiones, serenó los impulsos de su temperamento apasionado, aclaró sus horizontes, depuró sus ideales, y adquirió para su mente y su razón esa suprema posesión de sí mismo, que da la visión serena de los acontecimientos futuros, y sugiere la palabra profética que predica el nuevo evangelio y señala la nueva ruta.

Carlos María Ramírez representa en el Uruguay el único ejemplo de ese periodista excepcional, investido de una indiscutida soberanía por su esfuerzo propio, que es la síntesis armoniosa de la inteligencia, del valor, del carácter y de la alta honradez cívica, cuya palabra se aguarda con impaciencia, cuyo juicio se espera para adoptar un rumbo, para apreciar un propósito, para juzgar una conducta.

Joven aún, cayó Ramírez en medio de la apoteosis de una existencia realmente luminosa, cuando todos, oprimidos por la angustia de un supremo momento histórico, dirigían sus miradas al tribuno que se alzaba como un profeta en el confín del horizonte, señalando la ruta del porvenir.

JOSÉ PEDRO VARELA

José Pedro Varela, como todos sus contemporáneos, se formó en el ambiente ardoroso de las controversias partidarias, que ofuscan la mente y extravían el juicio, convirtiendo a los amigos de ayer, a los parientes próximos, en contrarios agresivos y en jueces injustos e implacables. En esas condiciones estudió, alternando los libros con el fusil, y oyendo con frecuencia el retumbar lejano de los cañones que alejaban su pensamiento del objeto de sus reflexiones y de sus estudios.

Como sus contemporáneos, también debió vestir el uniforme de soldado de la guardia nacional, hacer la vida de cuartel, escuchar el comentario frío o cruel que las disensiones civiles provocan y estimulan, hacer observaciones sobre la impiedad brutal de esas luchas, y formar bajo esos acicates su personalidad psíquica, que condensa actividades y conocimientos, que vigoriza el juicio y asegura una experiencia precoz.

En ese ambiente donde muchos se sintieron atraídos por las glorias militares y otros perdieron hábitos de estudio, esterilizando personalidades que eran una promesa para la República, Varela, como Carlos María Ramírez, con un alma sensible y un pensamiento alto, pensó que la guerra civil era un

Próceres Uruguayos

desastre para el progreso de su patria, que vencer las causas que la producían, era devolver a la actividad nacional multitud de cerebros y de hombres buenos que se desangraban estérilmente en el campo de batalla, matando o muriendo, y creando fuentes perdurables de odios y de agresiones interminables.

Sintiendo que se ahogaba en aquel ambiente, quiso viajar, y se embarcó para Europa, primero, y luego fué a los Estados Unidos de Norte América, recorriéndolo todo, penetrándolo todo, ilustrando su mente con una multitud de conocimientos útiles, pero, ante todo, con un caudal fecundo de ideas generales, que debían ser factores futuros de superioridad moral, para alzarse sobre las pasiones bravías que aullaban en torno suyo. Su visión directa de otros pueblos, su trato con otros hombres, su familiarización con otras ideas y la contemplación de otros horizontes y otras perspectivas, transformaron a Varela, que volvió a su patria con un propósito hecho de propaganda sana y noble hasta el sacrificio, para lo cual desgarraba su antiguo uniforme de soldado, para vestir la obscura pero gloriosa túnica del misionero.

Convencido de la necesidad de eliminar aquellas contiendas intestinas, creyó, con profunda fe, que esa obra sólo podía

realizarla la instrucción popular, difundiendo la cultura a todos los ámbitos de la República, contra todos los obstáculos, contra todas las ideas opuestas, y a esa obra dedicó toda su alma, su perseverancia inagotable, su fe de cruzado, su ardor latino, y le dió todos sus entusiasmos, y le dió más: le dió su vida. Todo tuvo que crearlo: programas, libros, maestros, escuelas, y especialmente colaboradores e ideas, pues los soldados que volvían de las trincheras, sangrientos y rendidos, no traducían claramente aquellas disertaciones sobre la escuela, el niño y el maestro, templo y sacerdote de la paz, es decir, de aquella deidad desconocida por su propia acción.

Varela murió joven, cuando apenas habían transcurrido dos años que asumiéra valientemente su actitud de reformador de la Instrucción Primaria, predicando, combatiendo para crear y vigorizar la escuela popular; pero al extinguirse en un esfuerzo sobrehumano, pudo vislumbrar su triunfo, pudo adivinar que había vencido, que la diana victoriosa estaba ya decretada y resonaría en el espacio, que era sólo cuestión de tiempo, y entonces, sonrió serenamente para morir, comprendiendo que su partida de la vida era su entrada en la inmortalidad.

